



CAPITULO XVII

De la justicia del indio.

También en los pleitos que tienen entre sí son muy rectos y discurren muy bien en sus cábillos y con una muy natural agudeza.

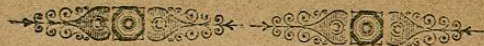
En el obispado de la Puebla, á la parte que cae la costa del mar del Sur, había un mulato tuerto de malsimas costumbres, que andaba entre ellos como lobo entre las ovejas, haciéndoles grandísimas vejaciones y molestias, porque á más de hurtarles cuanto podía de su pobreza, les molestaba y violaba las hijas y las mujeres, y cometía otros delitos é insultos.

A este mulato debían de amparar algunos vecinos, y habiéndole hecho cierta información ó proceso los alcaldes indios y probado estos delitos, le espieron y tuvieron forma para cogerle, y en un monte le maniataron y allí le tomaron la confesión, y él confesó todo lo hecho, con que

trataron luego de su castigo entre todos los indios que había presentes, clamando el mulato que le dejasen primero confesar.

Decían algunos que era bueno ahorcarle luego, porque si venía el Padre (así llaman al doctrinero) á confesarle, se le quitaría y desterraría, y luego volvería á hacer otros insultos y á inquietar aquellos pueblos.

Otros indios decían que no era bien que muriese sin confesión, porque no se condenase, y que así se llamase al Padre para que le confesase. A esto repugnaron otros, porque creían que le habían de quitar, con que oído todo juzgaron los Alcaldes: «Que atento á que lo que le hacía daño y destruía aquel mulato tuerto para hacer tantas maldades era su propia vista, porque con ella codiciaba las mujeres y hurtaba cuanto veía, se le sacase el otro ojo, que ciego no haría mal y podría confesarse muy despacio y era menos que ahorcarle». Y luego trajeron un poco de cal viva y se la pusieron en la vista, se la quitaron del otro ojo que le quedaba, dejaron libre al mulato para que se fuese á confesar y después andaba entre ellos ciego, pidiendo limosna; se la daban y sustentaban por Dios, sin ningún género de ira, como si no les hubiera hecho agravio alguno.



CAPÍTULO XVIII

De la valentía del indio.

Del valor de los indios se ha tratado arriba y referido como son muy activos, guerreros, fuertes y animosos cuando pelean; hoy no se han podido domar en la Nueva España, por fuerza, las naciones Chichimecas, Salineros, Tepeguanes, Tobosos y otras, y cuando tal vez ha prorumpido en alguna parte (que son rarísimas) la desesperación por los agravios que padecían, en demostración de ira han obrado con grande valor y fortaleza.

En cualquiera cosa que les encomiendan son constantes y aun valerosos y mañosos; no reconocen miedo, señaladamente contra animales ponzoñosos, á los cuales cogen, y siendo veheméntísima la ponzoña, porque al que hiere le mata en muy pocas horas, los toman los indios con las propias manos y tienen aliento

para sacudir las víboras sobre las piedras y hacerles despedir de sí el veneno de la boca á golpes y después las llevan consigo vivas y se rodean con ellas el cuerpo y el rostro, y á los animales feroces, como tigres y leones, los sujetan y cogen en lazos y de otras muchas maneras.

Rara cosa es, señor, ver, vencer y sujetar un indio desnudo y nadando, á un caimán que suele tener tres varas de largo, animal ferocísimo y atreverse en el agua, elemento de esta bestia, á ponerse á caballo el indio, y aguardar que abra la boca y con grande presteza y sutileza entrarle una estaca ó palo de media vara dentro de ella, con que cerrando el animal la boca se atraviesa, y con un cordelillo le saca de la mar á la tierra el indio como si fuera un pedazo de corcho, cosa de grande arte y resolución; porque yo he visto muchos de estos caimanes ó cocodrilos, y, verdaderamente, sólo el verlos causa espanto.

Su valor, resolución y maña explica bien un caso que sucedió junto á Zacatecas, en donde había un bandolero, hombre de grandes fuerzas y valentía, á quien deseaba coger el corregidor y no había podido conseguirlo porque iba con tres ó cuatro bocas de fuego y en buenos caballos, y por recelo de su gran valor no había quien se atreviese á embestirle. Habiendo un indio oído quejarse á un alcalde de la Hermandad

de que no podía prender á este hombre, le dijo el indio que si quería que se lo trajese maniatado, ó vivo, ó muerto; el alcalde, admirado, le dijo que se lo pagaría bien si lo traía vivo. Y el indio partiéndose de allí tomó un palo recio y proporcionado al intento, y se le puso debajo de su filma ó capa, y tomando sobre sus hombros un cacastle, que es como una grande cesta en que suelen llevar gallinas, puso en él media docena de ellas y se fué cargado caminando, y luego que llegó á dos leguas del poblado, salió á caballo el bandolero y le preguntó que á dónde iba. El indio le respondió que el Padre (que así llaman á sus doctrineros) le enviaba con aquellas gallinas á una estancia, y el bandolero, apeándose del caballo y haciendo descargar al indio, se bajó para sacar algunas y llevárselas consigo. Pero el indio, cuando le vió bajo y divertido en escoger las gallinas, sacó el palo que traía oculto consigo, y le dió tan fuerte golpe en el molledo del brazo que le derribó en el suelo, y luego con increíble presteza secundó con otro golpe en el otro brazo, y le baldó; y arrojándose sobre él, le ató las dos manos con un cordel que traía prevenido, y luego los piés y le arrojó sobre su propio caballo, y dentro de pocas horas entró por el lugar con el bandolero y le entregó á la justicia.

Casos de estos de maña, resolución y valor, podían referirse no pocos á Vuestra Majestad.

También tienen muy grande ánimo para ponerse en cualesquiera peligros que se ofrezcan en los oficios que sirven, y en esto grandísima maña y habilidad, y cierto que en la fábrica de la catedral era cosa de admiración la presteza con que subían á andamios altísimos y se ponían sobre la punta de un madero de treinta ó cuarenta varas, y muy despacio ataban los cordeles que ellos llaman mecates para poner otros piés derechos, hallándose tan en sí como si se pasearan por una sala. Y sucedió que estando uno de estos indios albañiles trabajando con este riesgo sobre la punta de un palo, viendo abajo un corrillo de hombres les voceó y dijo que se apartasen de allí, que podía él caer sobre ellos y matarlos, y ellos se apresuraron admirados de ver que en tan gran peligro les advirtiese del ajeno daño y que recelase más el que podía causar que el que muriendo podía padecer si cayera de aquel puesto, que era altísimo.

De todo lo cual se colige, señor, que las virtudes que yo he referido de esta nación, que miran á la paciencia, fidelidad, obediencia y reverencia á sus superiores, no nacen tanto de bajeza de ánimo cuanto que de una docilidad y suavidad de condición que debe de corresponder

al clima de la misma tierra, que es muy templado y suave; y por merced que Dios les hizo en criarles tan buenos y dignos de la protección Real de Vuestra Majestad por sus méritos y virtudes.



CAPITULO XIX

De la humildad, cortesia, silencio y maña del indio.

De su humildad he manifestado largamente á Vuestra Majestad donde he tratado de la devoción y paciencia del indio; pero puedo volver á asegurar á Vuestra Majestad que si hay en el mundo (hablo de los efectos de la naturaleza, y no tratando de los de la gracia) mansos y humildes de corazón, son los indios, y que éstos naturalmente parecen los que aprenden del Señor cuando nos dijo que aprendamos de su Divina Majestad á ser mansos y humildes de corazón. Porque estos angelitos, ni tienen, como se ha dicho, ambición, ni codicia, ni soberbia, ni envidia, y no es más humilde que ellos el suelo que pisamos.

A trabajo alguno no hacen resistencia considerable; si les riñen, callan; si les mandan,

obedecen; si los sustentan, los reciben; si no los sustentan, no lo piden. Cuando llamé á dos indios de la Misteca para ver cómo labraban las piedras que he referido, ordené á un criado se les diese cada día á cada uno dos reales y de comer y se cuidase mucho de ellos, y así lo hacía; pero un día, con otras ocupaciones, se olvidó el criado de llevarles la comida al aposento donde estaban trabajando. Llegaron las cuatro horas de la tarde y no se había acordado que tales indios había en el mundo; y entonces, reparando el criado en ello, fué á llevarles de comer y los halló trabajando con la misma alegría que si les hubiese proveído convenientemente; y diciéndoles el repostero que por qué no habían salido del aposento á pedir comida, pues estaba abierto y podían andar por toda la casa libremente, se rieron, diciendo que no importaba; y con esta paz, humildad y resignación, obran comunmente estos naturales.

La cortesía es grandísima, porque todos ellos son muy observantes en las ceremonias de reverencia y veneración á los superiores, y no se verá á ninguno que deje de estar atentísimo en este cuidado.

En llegando á donde está el superior, se arrodillan; siempre vienen á sus negocios diez ó doce, y en diciéndoles que se levanten, lo hacen

y bajan los ojos los que acompañan al que ha de hablar, y éste sólo propone la causa y hace su razonamiento, y los demás callan como si fuesen novicios. Nunca se van sin besar la mano, y si se lo niegan se desconsuelan mucho, pero lo disimulan y callan, y al salir es con grandísimas sumisiones y humildades.

Entre sí nunca se hacen descortesía, sino que con una llaneza muy fraternal se tratan y respetan unos á otros, conociéndose las diferencias de los puestos y calidades.

El silencio es admirable, porque si están dos horas y más aguardando á entrar á hablar á algún superior, aunque se hallen veinte ó treinta indios juntos, como ordinariamente sucede, todos callan y se están en pie ó sentados con un profundo silencio; y si hablan alguna cosa, es tan bajo que sólo se oyen los unos á los otros, y no otros circunstantes.

Y así no les he oído jamás vocear, sino que sólo usan de la voz conforme lo pide la necesidad. Rarísimas veces chancean ni se burlan unos con otros, y el reírse señaladamente entre españoles es tarde ó nunca, y el manifestar vana alegría, sino que siempre obran con severidad y veras y atentos á lo que se les ordena, si bien cuando les hacen algún bien no dejan de descubrir muy decentes señales y afectos de alegría.

No conocen jactancia ni vanagloria, sino que aunque hagan excelentemente una cosa y con destreza, brevedad y curiosidad, no hacen más cuenta ni estimación que si no hubieran obrado cosa alguna ó la hubiera hecho un vecino.

Entre ellos, el hablar es preeminencia tan grande, que es señal de superioridad, como lo es de subordinación y de obediencia el callar; y por esto, delante de los superiores, así españoles como indios, callan siempre los inferiores si no son preguntados; en tanto grado, que para decir á uno príncipe y mayor, y cabeza de los otros indios ó españoles, le llaman Tlatoani, que quiere decir el que habla; porque Tlatoa quiere decir hablar, como quien dice: el que sólo tiene jurisdicción de hablar, y tan grande como esto es su silencio.

Tienen mucha reverencia los plebeyos á los nobles entre sí, y los mezos á los viejos, y éstos son muy templados y se precian de saber y enseñar á los demás, y ordinariamente enseñan á los niños y niñas á rezar, y no se desprecian de ello, por nobles que sean.

Muchos de estos viejos nobles son amigos de saber sucesos y acaecimientos públicos. Y yo fuí á un lugar que se llama Zongolica, que está entre unas tierras y montañas muy ásperas, donde había un viejo de ochenta años y que tenía

traducidos en su lengua algunos pedazos de Fray Luis de Granada y muchos apuntamientos de historias. Y habiendo predicado un predicador cierto ejemplo y dicho en el sermón que había sucedido en Alemania, se llegó á él este viejo venerable, después de haber predicado, y le dijo: «Padre, aquel caso que referiste en el sermón, dime, ¿en qué Alemania sucedió, en la baja ó en la alta?» De suerte que allá, en aquel cabo del mundo, donde ni tienen libros, ni noticias, ni letras, sino eterna servidumbre y soledad, sabía el viejo que había dos Alemanias.

En todo lo que son cosas mecánicas se hallan notablemente mañosos y diligentes, y en obrar lo mismo á menos costa, y con mayor brevedad hacen gran ventaja á cuantos yo he conocido.

Visitando mi diócesis hube de detenerme, por ser ya Semana Santa, en un lugar de menos de cuarenta indios que se llamaba Olintla, en medio de unas tierras muy altas de una provincia que llaman la Totonacapa, y habiendo de consagrar el Santo Oleo y Crisma en su iglesia, y hacer los demás oficios y los comunes de aquel santo templo, fué necesario que se hiciese monumento y tablado para la consagración y que después todo se desocupase para los oficios del Viernes Santo y las órdenes que celebré el Sábado

do Santo, y alegres los indios de haber de participar y asistir á aquellos santos ministerios, obraron con tanta facilidad, expedición y brevedad quanto fué necesario al intento y con tan buena inteligencia en todo, que nos quedamos admirados. Porque hicieron un monumento muy alto con muchas gradas, por donde pude subir á colocar el Santísimo, sin clavar tabla ninguna ni tener hierro, ni hachas, ni azuelas, ni clavos, ni tachuelas, ni instrumento alguno de los comunes de carpintería, y ataban unas tablas á otras y á los piés de madera sin cordeles, valiéndose de bejucos y otras cosas naturales, y con tan buena y segura disposición, que hicieron con igual seguridad los tablados y los deshicieron y volvieron á hacer otros en ocho ó diez horas, como en la catedral los españoles, con diez doblada costa, tardándose seis ú ocho días.



CAPITULO XX

De la limpieza del indio y de su paz.

Pues sobre ser industriosos son notablemente limpios y aliñados, y en aquella pobreza con que viven no se les ve cosa desaliñada; porque como quiera que andan descalzos y que comunmente no traen más que tres alhajas sobre sí, que son la tilma, la camisa ó túnica, y unos calzones de algodón, con todo eso aquello mismo lo traen limpio y se lavan muchas veces los piés, y cuando han de entrar en la iglesia ó en alguna casa, procuran lavárselos primero, y en las manos, rostro y cuerpo siempre andan limpios y tienen su baño para esto, que llaman temascales, y con este cuidado y limpieza crían á todos sus hijos.

Luego que nacen los hijuelos los llevan al río á lavar, y aun las madres, apenas los han echado de sus entrañas, cuando ellas también se van á lavar con ellos.

Cuando van á la iglesia es mucho mayor su limpieza, y sucedía venir aquellos pobres indios con sus mujeres á oír misa habiendo andado dos y tres leguas por partes húmedas, lloviendo y con muchos lodos, y al entrar en la iglesia iban tan limpios y aseados que causaba admiración.

También entre sí es su trato común muy llano, y apacible y pacífico, y raras veces tienen pendencias, y si tienen algunas luego se quietan y se pacifican, y en las montañas y tierras que están más apartadas de nosotros viven con mayor quietud, porque no hay quien siembre rencillas ni divisiones entre ellos. Y finalmente, si no es por grande violencia ó vehemente persuasión de extranjeros y gente ajena de la nación, raras veces se mueven á discordias, pleitos ni diferencias, aun cuando les hacen agravios más que comunes, por ser su condición sufridísima y pacientísima, y ellos muy humildes y mansos de corazón.



CAPITULO XXI

Respóndese á algunas objeciones que se pueden oponer.

Bien sé que algunos podrán decir que también hay algunos indios mandoncillos, rigurosos, codiciosos y altivos, iracundos y sensuales y con otros vicios.

A que satisfago que yo no refiero en este discurso los naturales de cada individuo y persona, sino de toda la nación en común y hablando generalmente, á la cual y á su dulce y suave natural no debe desacreditar que entre ellos haya algunos hombres que, como hombres, se desvíen del común. De la manera que no se desacredita una religión entera con el descuido de particulares religiosos, ni el estado eclesiástico con las imperfecciones de cuatro ó seis clérigos.

Lo que puedo asegurar á Vuestra Majestad

es que comunmente los indios son de estos naturales y que con mediano cuidado y doctrina, concurriendo la gracia de Dios, que nunca falta, y más á los pobrecitos, se les puede conservar en estas inclinaciones, y que si no es el vicio de sus bebidas, compuestas de algunas raíces de hierbas, á que son muy inclinados, que es vicio muy nacional, como en Europa en unos reinos el ser soberbios y coléricos, y en otros fáciles y ligeros, en otros pusilánimes y mendigos, en otros dados á la sensualidad, y en otros á la ira y bandos, y en otros á latrocinio, y en otros á la gula. Es ciertísimo que los indios están más lejos de lo principal y peor de que se compone todo lo malo del mundo, que es soberbia, codicia, envidia, ambición, sensualidad, ira, gula en el comer, pereza (por accidente de los que cuidan de que trabajen), de juramentos, juegos, blasfemias, y finalmente de todos los vicios, si no es el de estas bebidas, que frecuentemente los turban y ocupan los sentidos, que no las demás naciones. Porque en todos estos vicios que he referido, se hallan, si no del todo contenidos, muy libres; y de manera que apenas puede decirse que entre ellos hay codiciosos, ambiciosos, ni crueles, ni blasfemos, ni jugadores, ni pródigos, ni avaros, ni los demás vicios que hacen rigurosa guerra á la virtud.

Y también puedo asegurar dos cosas. La primera, que si entre ellos hay algunos ladrones, son los que se han criado y viven con los que no son indios, sino entre nosotros y otras naciones de Europa, y raras veces hurtan los indios que no los guien, encubran y promuevan y guarden las espaldas otros de otras naciones, y lo mismo digo cuando incurren en los demás vicios.

La segunda, que cuanto mira á estas bebidas, que es su mayor fealdad, las dejen fácilmente los indios si muchos superiores á quien toca cuidaran la tertia parte de quitarles este vicio, que otros cuidan de promoverlos á él. Pero como sobre el Pulque, Vingui, Tepache y otras bebidas impuras ha puesto la codicia su tributo, y la bebida del indio es la comida del juez, crece en él miserable la relajación al paso que en el rico la codicia.

Sin que pueda dudarse, señor, que de la manera que debe la América á la Corona y católicas armas de Vuestra Majestad y á su esclarecida piedad y de sus gloriosos antecesores el haber desterrado de ella la idolatría, y el comer carne humana y otros abominables y nefandos vicios, que frecuentemente acompañan á la ciega gentilidad, le debería también, si quisiesen los ministros inferiores, el desterrar de los indios este vicio, el cual, respecto de los otros, es ligero y

mucho menos vehemente para defenderse en él, por suplirle el beber estas bebidas ilícitas los indios, con otras mucho más sabrosas que son lícitas; con que este defecto en una naturaleza como la humana, tan llena de imperfecciones, no hace que los indios desmerezcan la gracia y amparo Real de Vuestra Majestad, y su conmiseración, y el mandar que se ejecuten eficazmente sus santas y religiosas leyes, y el gran número de órdenes y decretos que tiene dados para la conservación de tan leales y humildes vasallos, y de la Real y católica Corona de Vuestra Majestad. Ni se admirará que vasallo, ministro y sacerdote tan obligado á Dios y al servicio de Vuestra Majestad como yo, y Padre espiritual de tantos hijos de esta nación como tengo en estas provincias, haya procurado y procure esforzar la razón y alivio de estos sus pobrecitos y miserables vasallos de Vuestra Majestad, y solicite ahora su conservación y consuelo, y más cuando me consta cuán gran servicio hará en esto á Dios y á Vuestra Majestad.

El obispo de la Puebla de los Angeles.

ÍNDICE